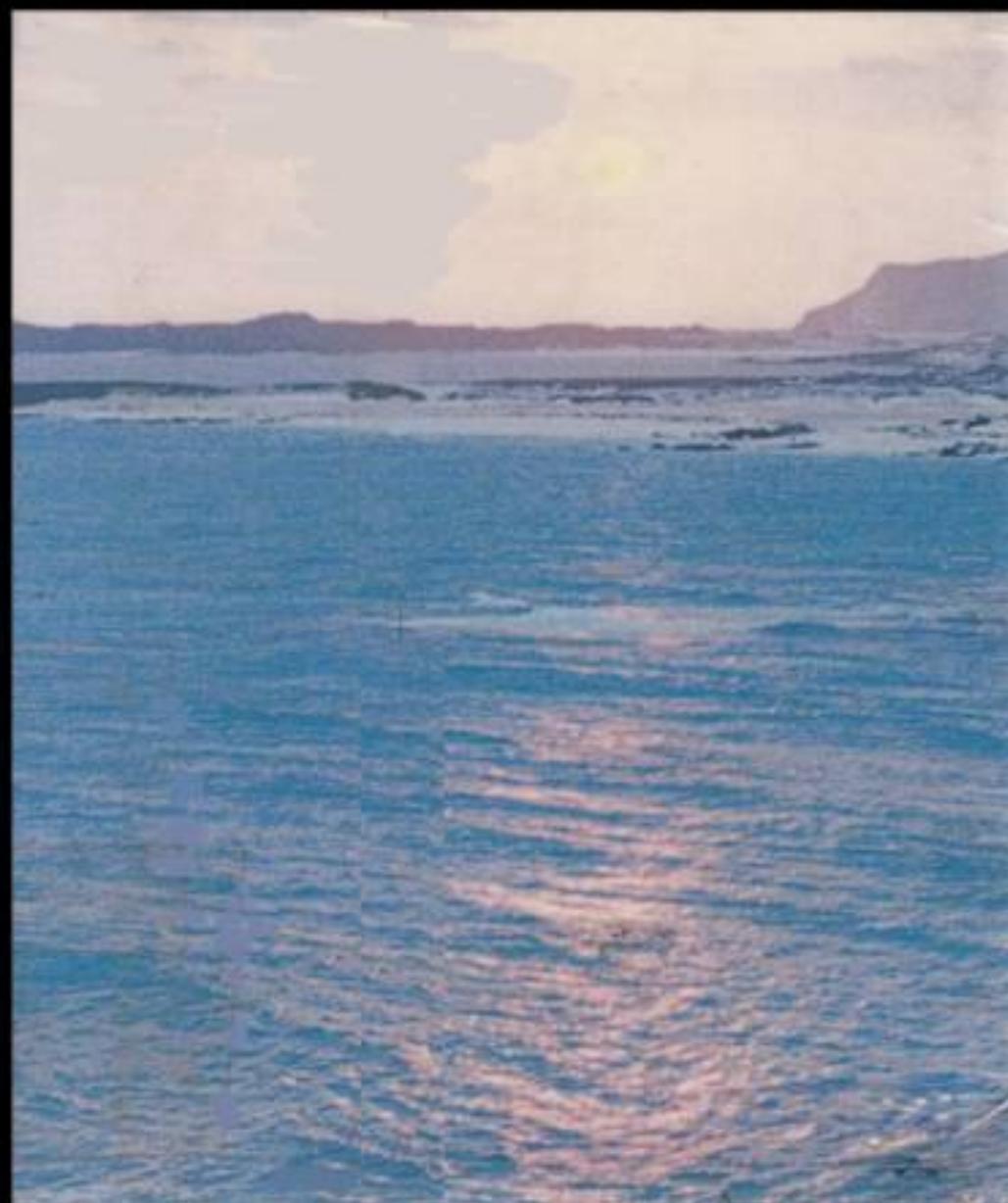


George Steiner  
**El año del Señor**



Un exoficial alemán regresa donde la familia con que vivió en Normandía; un norteamericano debe fingir que está loco y refugiarse en un asilo; dos amigos juegan peligrosamente y descubren verdades sorprendentes sobre ellos mismos y su amistad.

El lapso inmediatamente posterior a la guerra, en este caso la Segunda Guerra Mundial, y con ello la memoria de violencia y dolor que acecha a los que sobrevivieron, es el hilo que liga estos relatos desgarradores y poderosos. Sus protagonistas, víctimas de una verdadera muerte espiritual, no consiguen superar el horror ni los extraños y secretos placeres de los tiempos de guerra.

Las variaciones de G. Steiner acerca del tema de la guerra están escritas con suma inteligencia y habilidad, son muy intensas y golpean con fuerza la sensibilidad del lector.

A Storm Jameson

# No regreses más

---

## 1

Se quedó junto a la carretera hasta que el camión se perdió de vista y el ronroneo del motor murió en el aire frío y salobre.

Se pasó el bastón con punta de goma a la mano derecha y con la izquierda recogió la maleta, que tenía las bisagras rotas y estaba sujeta con cordeles.

Caminó espasmódicamente hacia la aldea por el camino de gravilla. La pierna derecha, muerta hasta la cintura, trazaba un arco lento bajo su cuerpo exhausto. El pie, calzado con un zapato tosco y apoyado en un voluminoso taco de cuero, raspaba el suelo a cada paso, y luego el hombre volvía a impulsar el bastón y el cuerpo hacia adelante, arrastrando la pierna.

La tensión del esfuerzo le había encorvado el cuello y los hombros como si usara armadura, y con cada acometida el sudor le perlaba el linde del cabello fino y rojizo. El dolor y la constante atención a su precario andar le agrisaban la mirada, pero cuando recobraba el aliento, dejando la maleta en el suelo y apoyándose en el bastón como una garza de largas patas, sus ojos recobraban su color natural, un azul profundo y acerado. El porte de la cabeza, con su boca bien cincelada y su delicada estructura ósea, daba un mentís a la nudosa contorsión de su andar. Era un hombre apuesto, de una manera mustia y sugestiva.

De ordinario los camiones no se detenían en la carretera, sino que seguían de largo entre las dunas y los acantila-

dos, tierra adentro hacia Ruán, o por la costa hacia El Havre. Yvebecques se encontraba lejos de la carretera, en la escarpa de los acantilados y a lo largo de una playa pedregosa con forma de medialuna. Altos autobuses amarillos procedentes de Honfleur viraban hacia la plaza del pueblo y paraban bajo los anchos aleros del mercado normando. Más allá de la arcada con columnas había una calle angosta de paredes altas, en cuyo extremo la playa se fundía con la ondulante luz del mar.

En la plaza había una fuente de bronce de tres grifos con un pergamino lleno de nombres y flanqueado por guirnaldas de laureles. Cada grifo se curvaba como una gárgola desvalida sobre una fecha tallada con caracteres gruesos: 1870, 1914, 1939, *pro domo*.

Al oír el chirriante frenazo del camión, los hombres que estaban entre los puestos o junto a la fuente alzaron la vista con repentina frialdad y rigidez. El pescadero, que estaba enjuagando el puesto de mármol con una manguera, dejó que el agua le empapara las botas.

Ahora el viajero estaba muy cerca. Una vez más apoyó la maleta e irguió la espalda, aflojando los tensos hombros. En el borde de la plaza, donde la gravilla se convertía en empedrado, se detuvo a mirar en torno. Distendió la boca en una sonrisa. No había oído el súbito silencio y enfiló hacia la fuente. Apuró el paso por mera fuerza de voluntad.

Puso la cara bajo el grifo. El agua helada y polvorosa le mojó la boca y la garganta. El hombre se irguió, girando diestramente sobre la pierna sana. Fue cojeando hacia el toldo rojo y amarillo del café. Pero una masa de sombras largas e inmóviles se interpuso. Tres de aquellos hombres usaban gruesos delantales de pescadores; otro, rechoncho y de pelo corto, vestía un traje oscuro. El quinto era apenas un chiquillo. Permanecía cerca del grupo y se mordía el labio húmedo.

El forastero los miró con grave y vacilante amabilidad, como si hubiera sabido que estarían allí para cerrarle el pa-

so pero hubiera esperado un acto de piedad. El hombre moreno y rechoncho se adelantó. Apoyó el zapato laqueado contra el bastón del hombre y le acercó la cara. Habló en voz baja, pero el silencio de la plaza era tan profundo que sus airadas palabras resonaron con claridad.

—No. No. Aquí no. Lárguese. No los queremos de vuelta. A ninguno de ustedes. Lárguese.

—No —repitió el niño, en un gemido aflautado y colérico.

El viajero se ladeó como si soplara una repentina ráfaga de viento. Cerca de él una voz rezongona repitió:

—Lárguese. No los queremos. Tiene suerte de ser lisiado. No tiene suficiente carne sobre el esqueleto para ser un hombre.

El viajero miró el sol entornando los ojos y se orientó. Se alejó de las sombras amenazadoras y echó a andar hacia la calle que conducía de la plaza del mercado al manzanal de la terraza oeste del acantilado. Pero no había entrado en las sombras de la calle de la Poissonière cuando el chiquillo lo pasó de un brinco.

—Sé adonde va usted. Les avisaré —gruñó, sonriendo con desprecio—. Lo matarán a pedradas. Echó a andar y se volvió una vez más. ¿Por qué no me alcanza, lisiado?

El envarado notario miró al forastero. Luego lanzó un escupitajo entre sus zapatos laqueados y silbó. Un perro enorme salió del puesto de carne y se le acercó. Un cachorro nervudo y gemebundo se alejó de la pila de vísceras de pescado que manchaban las piedras calientes. Otros perros se levantaron. El notario rascó a su perro detrás de las orejas y le chistó, señalando al cojo. Luego le pegó en el hocico con el canto de la muñeca. El animal se alejó gruñendo. Monsieur Lurôt chistó de nuevo y el perro comprendió. Se arrancó las pulgas del pescuezo y soltó un aullido extraño, cruel y desolado. Un perdiguero que estaba dormitando bajo la mesa de billar salió del café. Otros hombres golpeaban y silbaban a los perros y señalaban la calle de la Poisso-

niére. La jauría se reunió en la fuente, dando dentelladas, y echó a andar hacia la callejuela. En la camioneta, el perro de Lurôt soltó un grito gutural.

El hombre oyó el tumulto, pero los tuvo en los talones antes de poder volverse. Se le abalanzaron como sombras enloquecidas, babeándose y lanzando feroces mordiscos. El hombre se tambaleó mientras se defendía con el bastón. Pudo apoyar las piernas contra una pared pero el perro de Lurôt se le abalanzó con un destello de hueca maldad en los ojos, envolviéndolo con su olor rancio. El hombre apartó al animal de su cara pero sintió un raspón caliente en el hombro.

Más allá del tufo y el alboroto de los perros, el hombre cojo oyó risas en la plaza del mercado, como banderas lejanas flameando en el viento.

Los animales se estaban cansando de su diversión. Se alejaron mostrando los dientes. Sólo el perdiguero lo acuciaba aún, rodeándolo y acometiendo con la cabeza gacha. Eludía el bastón con saltos espasmódicos. De pronto la bestia se lanzó contra la pierna del forastero. Cerró los dientes sobre el talón de cuero. El hombre cayó contra el costado de la casa, arañando el aire en busca de apoyo. El perro retrocedió, la lengua roja sobre la boca magullada. El bastón cayó sobre ella con un golpe brutal. El animal se derrumbó hecho un guiñapo gimiente; se le había partido un hueso, y sus ojos giraban.

La maleta había caído en el empedrado. Saltó una bisagra y cayó un pequeño paquete. Se había despedazado contra el canto de la acera, esparciendo esquirlas de porcelana azul y blanca en la alcantarilla que irradiaban puntos de luz en esa calle sombría. El hombre se arrastró y recogió lo que quedaba de la estatuilla de Meissen. Sólo se habían salvado el pedestal, con su friso de pálidos ancianos, y las esbeltas piernas de la pastorcilla, con sus medias de seda. Privadas del cuerpo arqueado y el rostro soñador, esas piernas, con sus pantalones rojos y sus zapatos negros, conser-

vaban el movimiento de la bailarina. La cabeza se había hecho añicos; sólo se distinguía el emplumado sombrero de tres picos, en medio de la calle.

El viajero se incorporó, recogió la maleta y ajustó la cuerda sobre la esquina rota. Los perros lo miraron con cautela. El perro de Lurôt se aproximó y gimió suavemente. El hombre le pasó la mano por las orejas sarnosas. El perro lo miró con ojos grandes y estúpidos. La jauría no siguió al cojo.

Adelante raleaban las casas y se avistaba el acantilado. El mar se extendía a la derecha, susurrante y brumoso bajo el sol blanco. El viento salobre secó el sudor del rostro y el cuerpo del hombre. Pero el aullido de los perros se le había clavado en la médula, y espasmos de miedo y fatiga le sacudían el cuerpo. En la repentina sombra de los manzanos, un hormiguelo de frío le erizó la piel. El sendero se elevó nuevamente y el mar se abrió debajo de él, centelleando en el calor. Sólo se movía la línea de mareas, lamiendo la playa con un murmullo impreciso y huraño.

El camino se sumergió en una hondonada. Cantaban abejas en los rastros y la hierba tenía un seco aroma de tierra adentro. El hombre evocó recuerdos vividos y exactos. *Quis viridi fontes induceret umbra*: ¿Quién cubrirá la fuente con verde sombra?

Era en este lugar donde el verso latino había despertado del atormentado olvido de un estudiante. Y su música se había sostenido en medio de la caótica algarabía. Él había realizado su patrulla matinal por las fortificaciones del linde del acantilado, inspeccionando los refugios hundidos en la roca viva y escrutando la quieta bruma del Canal con los binoculares. Regresaba a su cuartel de la granja de La Hurlette. El sendero serpeaba entre campos minados, y los aviones que sobrevolaban el valle del Sena en sus continuas incursiones surcaban el cielo vibrante. A lo lejos, sobre los acantilados fluviales de Ruán, las baterías antiaéreas dis-

paraban andanadas breves. Las detonaciones tronaban como en una cantera distante.

Cuando descendió a la hondonada, todos los sonidos se atenuaron. Se sentó para aplacar sus temblores. Su herida era reciente, y había sufrido mucho dolor en el hospital de campaña de Kharkhov y en los trenes que culebreaban furtivamente por Europa, con espasmódicos desvíos por ramales y puentes deformados por las bombas. Había aguardado en una vía lateral de las afueras de Breslau observando un frasco de morfina que se tambaleaba en el estante, fuera del alcance de sus dedos, mientras sus asistentes se refugiaban en una zanja.

Había aprendido a convivir con el dolor como se convive con un animal familiar pero traicionero. Lo imaginaba como un gato enorme que se afilaba las zarpas, arrastrándolas como fuego lento desde el hombro hasta el talón, para luego volver a agazaparse en el oscuro centro de su cuerpo. Lo habían apostado en el sector Yvebecques de la muralla del Canal de la Mancha como jefe de inteligencia militar. Era un puesto fácil, otorgado en deferencia a su afección. Mientras el dolor regresaba a su guarida, ese verso de Virgilio había cantado en sus contusos pensamientos. Con él se abrían las puertas de la memoria, y detrás de él dormitaban los verdosos tejados y los lentos canales del norte de Francia.

Más tarde ese año la bruma del Canal se había enrojecido en un tumulto salvaje. Pero durante el infierno que siguió, él llevó consigo el verso y la imagen de este lugar, una mano cerrada llena de silencio y agua, protegida del vendaval.

Falk salió de la hondonada sin soltar la maleta, y sus ojos se iluminaron. La Hurlette estaba del otro lado del declive, donde el acantilado descendía bajo riscos verdes y se abría el valle de la Coutance. El caudaloso y descolorido arroyo asomaba por la hierba de la marisma. Ahora que la

granja estaba a la vista, el reconocimiento lo rozó como un ala.

El fuego de los morteros había abierto boquetes que todavía eran visibles bajo las cuevas, pero el tiempo los había redondeado, como si las almejas hubieran cavado sus delicadas viviendas en la piedra. Un nuevo tejado rojo brillaba sobre el establo, pero los cobertizos y los matorrales de lila y acebo estaban tal como los había visto la última vez, al pasar en el sidecar de una motocicleta, bajo un humo acre y feroz, cinco veranos atrás.

A la izquierda de la casa vio el fresno, y sintió abatimiento. El árbol se erguía con hojas más grises que plateadas. A través del follaje se discernía el inconfundible perfil de la rama donde habían colgado a Jean Terrenoire. La noche en que había comenzado la invasión en las playas del oeste, una patrulla había sorprendido al muchacho encaramado cerca de la cima del acantilado. Enviaba señales a las sombras del mar. Lo habían llevado a La Hurlette, el rostro amaratado por los culatazos. Falk intentó interrogarlo pero él se limitó a escupir los dientes. Dejaron que la familia saliera del sótano para despedirse y luego lo arrastraron hacia el fresno. Falk se había encargado de la ejecución.

El árbol estaba más grueso pero la rama conservaba su movimiento de dragón y Falk no podía apartar los ojos de ella. Echó a andar hacia la casa, recordando súbitamente que los Terrenoire lo estarían esperando. El chiquillo del mercado se había adelantado para avisarles. Se le echarían encima antes que pudiera trasponer el umbral. El odio acechaba su marcha como una mirada incierta. Irguiendo los hombros, Falk miró la ventana de la habitación de la esquina, su habitación, y vio la dedalera en el antepecho, tal como cuando se había ido. Ésta había sido su isla en el mar turbulento, allí ella le había llevado esa leche tibia, aromatizada con hierbas, en una jarra azul. Continuó la marcha.

La puerta no estaba atrancada y Falk se detuvo aterrado. La oscuridad de la casa lo cegó un instante, pero supo

casi de inmediato que nada había cambiado. Las cacerolas y sartenes relucían en la pared como corazas de un ejército fantasmagórico. Un aroma de hule y queso rancio impregnaba la habitación, mordiéndole las fosas nasales. El reloj que él había comprado durante su convalecencia en Dresde, y que los Terrenoire habían aceptado sin gratitud ni desprecio cuando él llegó, martillaba blandamente en la repisa.

Entonces vio a Blaise. Estaba junto a la pared y empuñaba el atizador negro. Blaise le clavó los ojos, torciendo la tensa boca con odio e incredulidad.

—¡Madre de Dios! El retardado no mentía. Eres tú. Te has atrevido a regresar. Te has atrevido a venir aquí, cerdo asesino. Se le acercó. Conque has regresado. *Ordure! Sa-laud!* Blaise rezumaba el excremento del odio. Jadeaba como si la furia le cerrara el gáznate. Voy a matarte. Lo sabes, ¿verdad? Voy a matarte.

Retrocedió, los ojos desorbitados, y alzó el atizador. Pero el viejo Terrenoire le arrojó una silla desde la cocina.

—¡Basta! *Merde.* ¿Quién crees que manda en esta casa?

Estaba gris y marchito y la edad le había alisado la nariz ganchuda, pero aún conservaba su vieja y taimada autoridad. Blaise gesticuló como si le hubieran pegado en la boca.

—Nadie matará a nadie aquí a menos que yo lo ordene. Recuerda lo que he dicho. No ahuyentes a la zorra si quieres su piel. Tal vez Monsieur Falk tenga algo que decirnos.

Miró a su huésped con vigilante desdén. Blaise soltó un gemido gutural.

—No me importa lo que diga. Voy a despellejar a este puerco repugnante.

Se agazapó cerca del hogar como un áspid aturdido, venenoso pero inmóvil.

Mientras Falk se aproximaba al banco en el obtuso horror de un sueño lento y familiar, vio a la mujer y las dos niñas. Las orejas de Madame Terrenoire sobresalían del cabe-

llo gris y desgredado. Mechones blancos le cubrían los ojos. Nicole había conservado su porte, aunque cierta crispación de solterona le tensaba el cuello delgado. Falk vio que le temblaban las manos.

Danielle le daba la espalda. Falk recordaba una imagen inviolada y precisa, la de una niña de doce años de grandes ojos grises cuyo cabello irradiaba la maciza luz del oro martillado. No era bella, pues heredaba la nariz y los hombros angulosos del padre, pero poseía una gracia escurridiza y vital. A menudo conversaban en voz baja y afable. Ella le llevaba el desayuno y se quedaba en un rincón de la habitación mientras el asistente enceraba las botas de Falk. No se sentaba junto a él, sino que conservaba una grave y traviesa distancia, como hacen las niñas frente a hombres mayores y quebrantados. Todas las mañanas Falk sacaba unos granos de café y una cucharada de azúcar de sus raciones y los dejaba en el borde de la bandeja. Sabía que ella le llevaría esos despojos de amor a su padre, corriendo en silencio escalera abajo.

El día de la invasión, en medio de la baraúnda y el estrépito de las baterías costeras, Danielle había entrado en su habitación. Falk se estaba poniendo el casco y el abrigo para ir al coche camuflado que lo aguardaba bajo los robles, a mil metros de la casa. Ella lo observaba con cautela mientras el fragor de los cañones hacía temblar el piso. Cuando él se dispuso a irse, calzándose la correa de la pistola automática sobre el hombro, ella le tocó la manga con un movimiento furtivo y sensual. Antes que él atinara a decir nada, Danielle se fue, y Falk oyó el portazo del sótano.

La había vuelto a ver esa noche. Jean Terrenoire no pronunció una sola palabra con sus labios desgarrados mientras se despedía de su familia. Simplemente los abrazó a todos mientras el cabo anudaba la cuerda. Acercándose a Danielle, Jean se arrodilló y le acarició la mejilla. Ella tiritó. Lo llevaron apresuradamente al jardín. Cuando pasó Falk, la niña se apartó de él con un gemido sordo e inhumano que

se le clavó en la mente como una espina. Ahora apenas se atrevía a mirarla. Pero supo a primera vista que ella había crecido y que su cabello aún era dorado como el otoño.

Falk se sentó en el banco. Apoyó el bastón en el piso, debajo de la pierna muerta.

—Es verdad. Hay algo que quiero decirles. Miró a Blaise, que lo rondaba con aire amenazador. Quiera Dios que me concedan el tiempo necesario.

Un negro silencio cayó en la habitación.

—Cuando me marché, tenía órdenes de llegar a Cuverville y restablecer el cuartel general de la brigada. Pero a la mañana nos atacaron cazas americanos. Vinieron en vuelo rasante, a tan baja altura que dispersaron los henares con sus alas. En la segunda pasada hirieron a mi edecán, Bültner. Ustedes recordarán a Bültner. Era un hombre gordo que se comía las manzanas verdes que caían en el huerto. Creo que estaba secretamente enamorado de ti, Nicole. Sea como fuere, estaba tan malherido que no nos atrevíamos a moverlo, así que lo dejamos bajo el seto tendido en una manta. Yo esperaba que la ambulancia lo encontrara a tiempo, pero algunos de ustedes lo encontraron primero. Más tarde supimos que lo habían matado a golpes de maza.

“No podíamos quedarnos en Cuverville y nos despacharon a Ruán. Recuerdo las dos torres de la catedral en el humo rojo. Una hora después de nuestra llegada, bajaron paracaidistas en medio de la ciudad. Todos los días eran iguales. Nos desplazábamos hacia el este y cada vez éramos menos. Con el buen tiempo los aviones nos atacaban sin cesar, como una manada de lobos. Sólo teníamos respiro cuando estaba encapotado. Llegué a odiar el sol como si fuera el rostro de la muerte.

“Cada hombre lleva en sí su rendición personal. En un momento dado, conoce la derrota en su interior. Yo la conocí cuando vi lo que quedaba de Aachen<sup>[1]</sup>. Pero entre nosotros nos ocultábamos este conocimiento como si fuera

una enfermedad secreta. Y continuábamos la marcha. Durante nuestro contraataque del invierno tuve Estrasburgo a la vista. Al día siguiente se me volvió a abrir la herida. Ya no le era útil a nadie y me enviaron a un sanatorio de las afueras de Bonn, en un bosque. Las explosiones habían hecho trizas las ventanas y cubríamos los marcos con mantas del ejército para que no entrara la nieve. Nos quedábamos sentados en esa falsa oscuridad, oyendo como se acercaban los cañones. Luego oímos orugas de tanques en la carretera. Ese día el personal médico y las enfermeras se esfumaron. El viejo médico se quedó. Dijo que estaba cansado de correr; había corrido todo el camino hasta Moscú, y luego de vuelta. Se disponía a esperar con una botella de coñac. Me dio los papeles del alta. Soldados de infantería montaron un mortero en el patio de la casa y los americanos tuvieron que usar lanzallamas para expulsarlos. No sé qué pasó con el viejo.

Falk movió el cuerpo. El sol se desplazaba hacia el oeste y la luz se deslizaba por la ventana como un zorro largo y rojo.

—Tenía que llegar a Hamburgo. Quería ver mi casa. Corrían rumores sobre las bombas incendiarias y yo sentía angustia. Apenas recuerdo cómo logré abordar un tren, uno de los últimos que viraban al norte desde Berlín. Me había criado en Hamburgo y la conocía como la palma de mi mano. Lo que vi al caminar entre las ruinas de la estación era inimaginable, pero también espantosamente familiar. Cuando yo era pequeño, la maestra había pegado una gran fotografía ampliada de la luna en la pared del aula. Yo la miraba sin cesar, y los cráteres, las grietas y los mares de ceniza muerta estaban grabados en mi memoria. Ahora se extendían delante de mí. Toda la ciudad ardía. No había sol, ni cielo, sólo penachos de humo gris, tan calientes que quemaban los labios. Las casas se habían derrumbado en enormes cráteres. Ardían día y noche, guiando los aviones hacia su blanco. Pero no había más blancos, sólo un mar de